

la descarga, cuando sudoroso, jadeante, agitando los brazos, llegó un ordenanza, que acababa de reventar un buen caballo para traer el indulto... Estos golpes teatrales no escaseaban en tal época, en que las pasiones, los odios y los fanatismos jugaban con vigor sanguíneo á salvar ó perder vidas. Tecla, que se había arrojado bañada en lágrimas á los pies del capitán general, el terrible Eguía, esperaba detrás de su ventana, medio muerta de fatiga y miedo, el desenlace ..

Los reos, ya perdonados, subían la cuesta que conduce del campillo á los atrios sobrepuestos... Ramón reía y bromeaba, y el pitido de las golondrinas resonaba jubiloso en su corazón. ¡Aun quedaban horas de amor, aun vería las pupilas de sombra y los labios bermejos! Al cruzar ante el pórtico buscó su cigarro en el escondite, lo recogió con movimiento pronto, y volvió á encenderlo y á chuparlo...



XVIII

Siglo XIII

ERA esa hora en que, sin espesarse aún las sombras de la noche, se levanta un soplo frío y se ve ya la luna, como arco pálido, en el oro verdoso del cielo donde se apagan las últimas claridades solares,—cuando encontré al ciego y á la niña que le sirve de lazarillo sentados en un ribazo del camino, descansando.

Me interesan, me atraen los mendigos de profesión. Son un resto del pasado: son tan arcaicos y tan auténticos como un mueble ó un esmalte. Van á desaparecer: se cuentan en el número de lo que la evolución inevitable se prepara á borrar con el dedo. A la vuelta de una centuria no quedará en la redondez de la tierra hombre dispuesto á tender la mano á otro. La limosna está desacreditada; el que puede darla desconfía, ve do quiera lisiados fingidos que esconden millones en los andrajos; el que puede pedirla va creyendo que tiene derecho á

más, á cosa diferente, que se rebaja, que se deshonra. El altruísmo científico desdeña la caridad.— El ciego que hallo en este camino de aldea orlado de madreselvas en flor que embalsaman, al pie de un castaño, tiene ya para mí algo de la poesía melancólica del anochecer que envuelve su figura, y al darle unas monedas de vellón, creo estar realizando un deporte de la Edad Media, á la puerta de algún reducido santuario, ó interrumpiendo el bordado de un tapiz, sentada en el poyo de alguna fenestra ojival.

Goza de gran popularidad este ciego. Llámase el tío Amaro, el de Espadanela, y le conocen y solicitan en veinte leguas á la redonda para todas las fiestas, holgorios, bodas y romerías, donde su *zanfona* y sus cantares son complemento obligado del regocijo de la gente aldeana. El primer vaso de clarete y la primer escudilla de caldo, al tío Amaro se destinan. Antaño le guiaba un rapaz más malo que la rabia, listo como una centella, un pillete digno de que le incluyese Murillo en su colección de granujas; pero el chico creció; «el rey» se dignó reclamarle para su servicio, y como no tenía las pesetas de la redención, allá se fué á barrer el cuartel, mondar patatas y desempeñar otros menesteres igualmente marciales y heroicos. En las funciones de lazarrillo del ciego de Espadanela le reemplaza ahora Sidorriña, alias *Finafrol*, una abandonada á quien sus padres, al embarcar para Buenos Aires, dejaron en el puerto, como se deja un trasto ya inútil que no vale el trabajo de izarlo á bordo. Allí estaba *Finafrol*, con sus

ojos verdes, enigmáticos, de líquida pupila; su carita retostada por el sol, que es la linterna de los vagabundos; sus greñas color de cáñamo, que la iluminaban como un nimbo, y los remiendos de su saya de grana desteñida, y los pies descalzados, encallecidos en el trajín de caminar á toda hora sobre polvo seco, guijarros y abrojos picones.

—¿Dónde se duerme hoy, Sidorriña?

—En la posada de los pobres,—contestó naturalmente, con una sonrisa que parecía significar: «¿Dónde ha de ser?»

Y... la verdad es que yo no sabía hacia qué parte cae esa posada de los pobres. En el primer momento creí que era el cielo raso, el diamantino pabellón de estrellas que Dios extiende gratis sobre el mundo; después calculé que sería cualquier *alpendre*, cualquier pajar que los dos mendigos encontrasen. A estos bergantes, ya se sabe, les viene bien todo; aquí caen; aquí se agarran; no hay garrapata más mala de desprender que ellos. El cubil ruinoso y hediondo del cerdo, el tibio establo de la vaca, el hórreo vacío, la choza en construcción, excelentes para una noche. Los aldeanos, con bastante frecuencia, en invierno, les permiten acostarse á la vera del hogar, al amor del rescoldo que se extingue. Las únicas puertas que no se abren para el vagabundo son las de los ricos.. Allí ya no llaman. ¿Para qué?

Mientras el ciego, creyendo su deber pagar la limosna, se levanta rígido, envuelto en el capotón mugriento, previene la *zanfona*, le arran-

ca un melodioso mosconeo, y entona en ronca voz las más perfiladas coplas de su repertorio de salutación y alabanza,—no ceso de pensar qué será esa posada de los pobres, en la cual estan seguros el viejo y la niña de pasar la noche, que ya cae derramando cenizosa neblina entre la arboleda y sobre los setos floridos, cristalizando la tierra con el rocío glacial de los primeros crepúsculos de otoño. Sidorriña, también en pie, rasca una contra otra dos grandes veneras ó conchas de Santiago, acompañando el canticio del ciego y el zumbido de la *zanfona*, y me cuesta trabajo que interrumpan la serenata, porque se consideran obligados estrictamente á dar, por cada perrilla, una copla lo menos. Así que logro imponerles silencio, pregunto á *Finafrol* acariciando sus guedejas de cáñamo tosco y enredado:

—A ver, rapaza...¿qué posada de los pobres es esa?

—¿No sabe?—exclamó atónita de mi ignorancia.—Es ahí, en la casa del tío Cachopal. Ahí en el mismo lugar de Miñobre... Según se baja para la carretera de Areal, á la orilla del mar... Antes del molino de Breame.

—La mochacha no esprica—intervino el ciego, sentencioso y solcítico.—Esto de la posada lo hay que espricar, porque los señores del señorío, ¿qué se les importa? A ellos no les hace falta, que tienen sus buenas camas compridas, con sus seis colchones para la blandura, si cuadrá, y sus doce mantas si corre frío, y sus tres colchas muy riquísimas; pero al pobre que anda

á las puertas, conviénele salir dónde está seguro el tejado y el saco relleno de paja para no se molestar tanto las costillas. Por el día, al ciego (y se dió un golpe en el esternón) no le falta una sombra en que remediarse con la caridad que va recogiendo de las buenas almas; y si, *verbo en gracia*, no tiene más que unas pataquitas crudas, tan conforme... ¡Nunca nos falten, Asús y la Virgen! *Finafrol* apaña ramas secas, arma fuego y asa las patatas, ó las castañas, ó la espiga tierna, ó el tocino rancio, ó lo que venga en la alforja, lo que los dinos caballeros del Señor misericordioso nos quisieron dar... Pero luego escurece ¡escurece! y un hombre, aunque se quiera valer con la capa, no se vale, que la friage le entra mismo hasta la caña de los huesos. Ahí está la cuenta porque el ciego (otra puñada que sonó como en olla vacía) siempre reza por el tío Cachopal y por el alma de sus obligaciones y de su abuelo, ¡que ya en tiempo de él era allí posada de pobres! ¡Si hará para arriba de cien años! Esa casta de Cachopal es toda así, tan santa, que con la sangre de ellos se pueden componer medicinas. El abuelo fué quien discurrió que tenían un cobertizo muy grandísimo y que los pobres podíamos dormir allí ricamente. El ciego (golpe á la *zanfona*) lleva ya cincuenta años de pedir por los caminos, y cuando no tiene cama, ¡arriba, á casa de Cachopal! Nos da un saco lleno de paja ó de yerba, y la cena, el caldo caliente... Así hizo su padre, así su abuelo, así hacen él y la mujer todo el año. Que se junten veinte pobres, que se junten

más, no falta el saco de paja ni el caldo de berzas. Nadie se acuesta con la barriga vacía, nadie, ni un can. Y con licencia de usía vamos cara allá, cí, *Finafrol...* que ya cai el orvallo; ya será tarde. ¡Santas y boenas noches nos dé Dios! ¡A la obediencia de usía!

La chiquilla y el ciego se levantaron, y despacito emprendieron su caminata, desapareciendo lentamente entre la neblina gris, húmeda, que penetraba de melancolía el corazón. Esperábalos allí la caridad aldeana, la caridad tosca y sencilla y alegre de los tiempos medioevales, que ni se anuncia en periódicos ni se premia en sesiones académicas, entre guirnaldas de discursos y derroche de retórica moral. Oscura y humilde, la familia de cristianos labradores que desde hace un siglo da posada al peregrino y de comer al hambriento, no extraña que no lo sepan sino los que lo necesitan, y tal vez llega á encontrar su único placer, el interés de su obscura existencia, en la reunión de los andrajosos dicharacheros, á su manera oportunos, socarrones, expertos, enterados de todas las noticias. A dos pasos de la civilización, ahí está esa pintada tabla mística, — ese hogar franciscano abierto al mendigo.



XIX

Los Padres del Santo

USTED cree que las almas están sujetas á leyes fisiológicas? — me preguntó el médico rancio y anticuado, de quien se burlaban sus jóvenes colegas. — ¿No le parecen mojigangas esas pretendidas leyes de la herencia, del atavismo, y demás? ¿Usted supone que por fuerza, por fuerza, hemos de salir á la casta, como si fuésemos plantas ó mariscos? Lo que caracteriza á nuestra especie — á mi modo de ver — es la *novedad* de cada individuo que produce... Nacemos *originales*... Somos ejemplares variadísimos...

Cuando así hablaba, salíamos del hermoso soto de castaños que rodea la aldeita de Illáos, y nos deteníamos al pie de uno, ya vetusto y carcomido, que sombreaba cierta casuca achaparrada y semirruinosa. A la puerta, un viejo trabajaba en fabricar zuecos de palo. Alzó la cabeza para saludarnos, y vimos un rostro de